

Arqueología y Memoria Histórica

Alfredo González Ruibal

Profesor del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid.

El impulso que ha tenido la arqueología en los últimos años debería servir para hacerla partícipe, no solo de la mera recogida y estudio de restos materiales, sino también de la construcción de la memoria colectiva a todos los niveles.

La necesidad acuciante de conocer el paradero y la situación de los represaliados durante la dictadura franquista ha impulsado los movimientos de recuperación de la memoria hasta el punto de la proclamación de la conocida como “Ley de la Memoria Histórica”. Sin embargo, estos ejemplos de recuperación quedarán incompletos si no se les dota de un sentido científico e histórico mas allá del puro hecho sentimental, que indudablemente tiene. Es pues imprescindible, para que el trabajo tenga sentido, que la gestión arqueológica referida a los hechos del pasado mas cercano, cobre una significación histórica, no sólo metodológica, que facilite la reflexión crítica de los acontecimientos. Y es por este sentido último, por el que no debemos concebir una solución de olvido y eliminación, sino de entendimiento y reinterpretación, a través de una explicación imparcial y coherente de los distintos símbolos que reflejen la Historia de los últimos años. La construcción de museos, itinerarios o la instalación de simples placas en los lugares más significativos, lograría la percepción de estos como una parte de la Historia, que no se debe olvidar, sino de la que se debe aprender.

Durante los últimos años, los arqueólogos españoles han adquirido una inédita relevancia en la sociedad. Hasta no hace mucho eran, en el imaginario popular, individuos que excavaban ruinas del pasado remoto y recuperaban del subsuelo artefactos y huesos prehistóricos. Su presencia en los medios se limitaba, por normal general, a cubrir huecos en la prensa estival con noticias de hallazgos curiosos. Desde el año 2000 hemos descubierto que los arqueólogos también excavan muertos recientes, y desentierran conflictos. Las imágenes de exhumaciones de fosas, han llenado semanalmente las páginas de los periódicos y espacios informativos de la televisión, y han demostrado que los arqueólogos, pueden desempeñar un papel importante en debates que nos afectan a todos.

Sin embargo, las exhumaciones de represaliados de la Guerra Civil y el Franquismo, paradójicamente han devuelto a los arqueólogos a su papel primordial en el imaginario colectivo: excavadores de huesos y buscadores de artefactos. Los huesos, esta vez, son de familiares cercanos y los artefactos, sus posesiones íntimas. Por muy reconfortante y socialmente necesaria que resulte esta nueva labor, no deberíamos conformarnos con que la arqueología se quede en una técnica de recuperar vestigios del pasado. La arqueología constituye una forma de conocer la historia a partir de los restos materiales conservados en el presente. Y no se limita a estudiarlos, sino que participa (o debería participar) en su gestión, mediante el planteamiento de medidas de protección y divulgación. Colaborar de este modo a construir una particular memoria colectiva del pasado. Si esto es una gran responsabilidad en general, lo es mucho más cuando se trata del pasado reciente, que es un pasado mucho más vivo y conflictivo. Dependiendo de cómo gestionemos los restos arqueológicos, podremos contribuir a fomentar una cultura democrática, o la amnesia histórica, o la tolerancia ante las dictaduras.

Cuando hablo de elementos materiales, no me refiero exclusivamente a lo que popularmente se entiende por restos arqueológicos (huesos, fragmentos cerámicos o cimientos de muros), sino también, a edificios y monumentos e incluso pueblos enteros que permanecen en pie y en uso (cf. ejemplos en González Ruibal, 2008). Después de todo, los arqueólogos hemos trabajado tradicionalmente con este tipo de evidencias –poblados fortificados de la Edad del Hierro, anfiteatros romanos, iglesias visigodas– y algo sabemos sobre las relaciones entre poder, memoria y monumentalidad. Por tanto, no sería en absoluto



Arriba, Memorial al líder falangista Onésimo Redondo en Labajos. Segovia.

Dejar que los monumentos franquistas se arruinen naturalmente es una posibilidad que se ha planteado para otros contextos contemporáneos.

Abajo, Nidos de ametralladoras franquistas en Brunete. Madrid.

El Ayuntamiento de Brunete ha mostrado su interés por conservar estas estructuras bélicas, pero otros cientos de búnkeres de la región corren el riesgo de desaparecer por la falta de protección legal.



descabellado que se incluyera a los arqueólogos entre los especialistas que deben opinar sobre el futuro de los elementos franquistas en el paisaje cultural de España.

En este artículo, mi intención es abordar brevemente dos puntos sobre la relación entre arqueología y memoria histórica: en primer lugar, trataré el problema que suponen las exhumaciones forenses por lo que respecta a la construcción de una memoria crítica sobre la represión franquista. En segundo lugar, describiré las posibilidades que ofrece la arqueología para producir una contra-memoria frente al legado material del franquismo.

Recordar para olvidar: exhumaciones forenses y el futuro de la memoria histórica

Desde que en el año 2000 se exhumara la fosa común de Priaranza del Bierzo, en la provincia de León (Silva y Macías, 2003: 49-59), los restos de más de 4.000 individuos represaliados durante la Guerra Civil y el primer franquismo, han sido recuperados en cerca de 180 fosas a lo largo de la geografía española. Los trabajos de exhumación han corrido a cargo de diversas asociaciones, fundamentalmente la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y Foro por la Memoria, asesoradas por expertos forenses, antropólogos y arqueólogos (cf. Ferrándiz, 2006, 2008; Gassiot, 2008; Gassiot y Steadman, 2008). La importancia que han tenido estas exhumaciones en el bienestar psicológico de miles de familias españolas es incalculable. Después de 70 años, esposas, hijos, hermanos y nietos han tenido la posibilidad de recobrar los restos de sus seres queridos y de darles una sepultura digna. Además, las historias de terror y sufrimiento provocadas por la represión franquista han salido a la luz y se han socializado: ya no están condenadas a arresto domiciliario, a transmitirse en voz baja o a permanecer, simplemente, en el olvido. Los restos arqueológicos –no sólo huesos humanos, sino también gafas, carteras o zapatos asociados a los cadáveres– han constituido una nueva base sobre la que construir y divulgar narrativas inéditas sobre la represión (Ferrándiz, 2008: 180-181). Aunque se ha criticado en determinados ámbitos que las exhumaciones han abierto heridas cerradas, cualquier psicólogo sabe que es necesario que los traumas salgan a la luz para poder curarlos (y olvidarlos). Negar su existencia no conduce a ningún lado. Los traumas son duraderos, y sólo a través de un complejo proceso de exposición y reflexión públicas, pueden darse por superados (Alexander, 2004).

ARCHEOLOGY AND HISTORIC MEMORY

Alfredo González Ruibal

Prehistory Department Professor Complutense University of Madrid

In the past few years, Spanish archeologists have acquired a novel relevance in society. Until recently they were, in the popular imagination, individuals who excavated ruins of the remote past and recovered prehistoric bones and artifacts from the earth. Their presence in the media was limited, in general, to cover gaps during the slow news days of the summer press with stories of curious discoveries. Since 2000 we have discovered that archeologists also excavate recent deaths—and unearth conflicts. The images of exhumations of graves have weekly filled the pages of newspapers and news reports on television and have demonstrated that archeologists can play an important role in debates that affect all of us.

Nonetheless, the exhumation of victims of the Civil War and the Franco Regime have paradoxically restored archeologists to their primordial role in the collective consciousness: excavators of bones and searchers for artifacts. The bones, this time, are of close family members and the artifacts their personal possessions. As comforting and socially necessary as this new work is, we should

not conform ourselves with letting archeology remain the only technique for recovering vestiges of the past. Archeology constitutes one form of knowing history through the material remains conserved in the present. And it is not limited to studying them but also participates (or should participate) in their management, through the proposal of measures for protection and broadcasting. In this way they contribute to construct a particular collective memory of the past. If this is in general a tremendous responsibility, it is even more so when concerning the recent past, which is a much more alive and conflictive past. Depending on how we manage the archeological remains, we could contribute to encourage a democratic culture, or to an historic amnesia, or to tolerance in the face of dictatorships.

When I speak of material elements I don't refer exclusively to what is popularly understood by archeological remains (bones, ceramic shards, or the foundations of walls), but also of buildings and monuments and even entire towns which remain intact and in use (cf. examples in González Ruibal, 2008). After all, we archeologists have traditionally worked with this type of evidence—fortified settlements from the Age of Iron, Roman amphitheaters, Visigothic churches—and we know something about the relationships between power, memory, and monumentality. Therefore, it is not preposterous that archeologists should be included among the specialists

El caso es que, si a un nivel individual es necesario recordar para poder olvidar, desde un punto de vista social no podemos permitirnos dejar a un lado la memoria de la represión. Ninguna sociedad sana puede basarse en el olvido de sus errores, porque, si pretende hacerlo, reaparecerán como espectros y envenenarán la convivencia democrática de los ciudadanos. Que el olvido colectivo es imposible se demostró claramente en la Alemania de posguerra (Koshar, 2000). El trauma bélico era de proporciones tan gigantescas, que la única forma de supervivencia que se pudo concebir fue el silencio. Sin embargo, la política del olvido alentada por las autoridades, se hizo pedazos cuando apareció una nueva generación –la de los hijos de quienes vivieron la guerra– que rechazó el olvido y comenzó a reclamar un recuerdo activo y responsable del pasado nazi. Gracias a una serie de iniciativas ciudadanas (también en Alemania la sociedad civil se adelantó a la academia), desde los años 70 la memoria del nazismo ha constituido un pilar fundamental en la construcción de la identidad alemana y en la consolidación de su democracia. En esta memoria colectiva, los restos materiales actúan como elementos de anclaje del recuerdo. Campos de concentración, centros de tortura y edificios administrativos de la época hitleriana forman una topografía del terror que se sobrepone al paisaje familiar y cotidiano (Braun,



who should opine about the future of the Francoist elements in the cultural landscape of Spain.

In this article my intention is to briefly consider two points about the relationship between archeology and historic memory: in the first place, I will deal with the problem forensic exhumation presents in terms of the construction of a critical memory of the Francoist repression. In the second place, I will describe the possibilities archeology offers to produce a counter-memory before the Material legacy of Francoism.

Remembering to Forget: Forensic Exhumations and the Future of Historic memory

Since the exhumation in 2000 of the mass grave of Priaranza del Bierzo, in the province of León (Silva and Macías, 2003: 49-59), the remains of more than 4,000 individuals, victims of the Civil War and the first Francoism, have been recovered in close to 180 graves over the scope of the Spanish map. The work of exhumation has been undertaken by various associations, principally the Association for the Recovery of the Historic Memory and the Forum for Memory, assisted by forensic experts, anthropologists, and archeologists (cf. Ferrándiz, 2006, 2008; Gassiot, 2008; Gassiot y Steadman, 2008). The importance that these exhumations have had in the psychological wellbeing of thousands of Spanish families



Arriba, Homenaje a los represaliados del penal de Valdenoceda (Burgos) durante las exhumaciones. (Según Ríos et al., 2008).

2002). A través de su activación continua, mediante ceremonias, actos y visitas guiadas, esta topografía impide el olvido o la dulcificación del pasado. Esta práctica de la memoria se está extendiendo recientemente a la dictadura comunista (Klausmeier y Schmidt, 2004).

En España no existe un programa museográfico del pasado reciente semejante al de Alemania y, si ello no se remedia, nos arriesgamos a que toda la controversia sobre la memoria histórica se la lleve el viento. El apoyo oficial a las exhumaciones articulado a través de la Ley 52/2007 (popularmente conocida como “Ley de la Memoria Histórica”) no acaba de contemplar una gestión adecuada de los elementos materiales que permita la continuidad social de la memoria del conflicto. En este sentido, Antonio Monegal (2008:240) ha señalado que “podemos estar excavando las fosas del pasado con la loable intención de reenterrar los cadáveres de una forma más digna, sólo para enterrar la memoria con ellos”. Lo que falta, en opinión de este autor, es “un esfuerzo concertado para proveer a España de una cultura espacial y material de la memoria, con recursos e instituciones análogos a los que están implicados en los procesos de memorialización de la Primera y Segunda Guerra Mundial en diferentes países”. En estos momentos, no existe



is incalculable. After 70 years, spouses, children, siblings, and grandchildren have been able to recover the remains of their loved ones and give them a dignified resting place. Moreover, the stories of terror and suffering provoked by the Francoist repression have come to light and have been socialized: they are no longer condemned to house arrest, to be told in whispered voices, or to remain, simply, in oblivion. The archeological remains—not just human bones, but also glasses, wallets, or shoes associated to the cadavers—have made up a new base upon which to construct and disseminate unpublished narratives about the repression (Ferrándiz, 2008: 180-181). Although certain arenas have criticized that the exhumations have opened closed wounds, any psychologist knows that it is necessary for traumas to come to light in order to be able to heal them (and forget them). To deny their existence doesn't lead anywhere. Traumas are enduring and only through a complex process of public exposure and reflection can they be considered overcome (Alexander, 2004).

The fact is that, if on an individual level it is necessary to remember in order to forget, from a social point of view we cannot allow ourselves to leave to one side the memory of the repression. No healthy society can base itself on the forgetting of its mistakes because, if it pretends to do so, they will reappear as specters and poison the democratic socialization of its citizens. That collective forgetfulness is impossible was clearly demonstrated in post-war

Arriba, Cadáver de prisionero republicano exhumado en el penal de Valdenoceda, Burgos. (Según Ríos et al., 2008).

un museo de la Guerra Civil y la represión, donde, entre otras cosas, se muestren fotografías de exhumaciones y fosas comunes, un mapa con la localización de las tumbas, objetos personales de represaliados recuperados en excavaciones forenses y un relato coherente sobre estos hechos históricos. En realidad, no contamos siquiera con una base de datos actualizada y accesible que nos permita conocer la geografía de la represión, qué fosas se han exhumado y qué ha aparecido en cada intervención. Necesitamos, cada vez más, una Casa de la Memoria, un lugar de referencia para comprender y transmitir a generaciones futuras lo que fue la Guerra Civil y el franquismo.

La ausencia de una iniciativa semejante se puede explicar por el hecho de encontrarnos, paradójicamente, en un momento temprano en la creación de una narrativa sobre los hechos traumáticos. Debido a la represión política, durante más de 60 años el proceso de construcción social del trauma no pudo seguir su curso natural— al contrario de lo que ha sucedido con los atentados terroristas del 11-S en Nueva York y del 11-M en Madrid (Sánchez-Carretero, 2006). Sólo durante la última década ha pasado a primer plano la represión franquista. Alexander (2004: 22-23) ha señalado que el trauma cultural implica una revisión de las identidades colectivas: se trata de un proceso sociológico durante el cual, se define el daño inflingido a una colectividad, se establecen las víctimas, se atribuyen responsabilidades y se distribuyen las consecuencias materiales e ideales. Está claro que en España nos encontramos todavía sumergidos en este proceso de revisión, pero lo normal es que acabe llegando a su fin y surjan nuevas identidades que hayan incorporado de forma reflexiva las tragedias y los errores del pasado. Este es el momento de *calming down*, “tranquilizarse” (ibid.). Los discursos emocionales van desapareciendo y surge en su lugar la objetivación de las lecciones del trauma a través de monumentos, museos y colecciones de artefactos históricos (ibid.).

En España, el problema de base para el futuro es que, tal y como se están llevando a cabo las exhumaciones, es difícil que se pueda constituir una memoria colectiva duradera. La excavación de fosas parte de la iniciativa de familiares, que solicitan a alguna asociación especializada que lleve a cabo el trabajo arqueológico y forense. Los investigadores realizan la intervención, identifican en la medida de lo posible los restos humanos y los devuelven a los allegados. En ocasiones se publica un informe, en papel o en la red. Por ahora, la mera realización de las exhumaciones constituye, en sí, una práctica activa de la memoria: una forma de recordar y de hacerlo públicamente. Pero el proceder entraña dos problemas,

Germany (Koshar, 2000). The bellicose trauma was of such gigantic proportions that the only form of survival that could be conceived was silence. Nonetheless, the policy of forgetting encouraged by the authorities crumbled to pieces with the appearance of a new generation—that of the children of those who lived in the war—who rejected the forgetting and began to reclaim an active and responsible remembrance of the Nazi past. Thanks to a series of citizen-based initiatives (the civil society was ahead of the academic in Germany as well), since the 1970s, the memory of Naziism has been a fundamental pillar in the construction of the German identity and in the consolidation of its democracy. In this collective memory, the material remains act as anchoring elements of the remembrance. Concentration camps, torture centers, and administrative buildings of the Hitler era form a topography of the terror which overpowers the familiar and daily landscape (Braun, 2002). Through its continuous activation through ceremonies, acts, and guided tour, this topography impedes the oblivion or whitewashing of the past. This practice of memory is recently expanding to the communist dictatorship (Klausmeier y Schmidt, 2004).

No museographic program of the recent past similar to that in Germany exists in Spain and, if this is not remedied, we risk the entire controversy about the historic memory being blown away by the wind. The official support of the exhumations articulated through the Law

52/2007 (popularly known as the “Law of Historical Memory”) doesn’t manage to contemplate an adequate management of the material elements that allow for the social continuity of the memory of the conflict. In this way, Antonio Monegal (2008: 240) has indicated that “we can be excavating the graves of the past with the laudable intention of re-burying the cadavers in a more dignified fashion, only to bury memory with them.” What is missing, in the opinion of this author, is “a concerted effort to provide Spain with a spatial and material culture of memory, with resources and institution analogous to those which are involved in the processes of memorializing the First and Second World War in different countries.” At this time, there exists no museum of the Civil War and of the repression which displays, among other things: photographs of the exhumations and mass graves, a map with the locations of the graves, personal objects of the victims recovered in forensic excavations, and a coherent history about these historic events. In reality, we don’t even have an actualized and accessible database that allows us to know the geography of the repression, which graves have been exhumed and what has appeared in each intervention. We need, more than ever, a House of Memory, a reference place to understand and transmit to future generations what was the Civil War and Francoism.

The absence of such an initiative can be explained by the fact that we find ourselves, paradoxically, in an early

que se irán incrementando según las intervenciones se vayan volviendo menos frecuentes. En primer lugar, la historia de la represión puede verse reducida a un sinfín de historias íntimas e inconexas, de las que quedará escaso testimonio para el futuro. En segundo lugar, las exhumaciones, aunque se realizan siguiendo estrictos protocolos científicos, con frecuencia no se consideran en sí mismas un medio de investigación para saber más sobre la Historia, con mayúscula— aunque hay excepciones (p.ej. Ríos et al., 2008). Esto, en última instancia, es hacerle un flaco favor a los represaliados, pues significa considerar que la suya es sólo una historia en vez de Historia, un evento ligado a hechos cruciales en el devenir de la sociedad española y europea. Al no percibirse como una labor inherentemente investigadora, no se piensa tampoco que deba insertarse en un programa a largo plazo de divulgación científica, en el sentido habitual del término (libros, artículos especializados, exposiciones, museos y puesta en valor de lugares históricos).

Las exhumaciones son como una representación teatral (Renshaw, 2007): resultan muy efectivas y conmovedoras en el momento en que se llevan a cabo, pero ¿cómo podemos conseguir que dejen un residuo de memoria fértil para el futuro? La solución, desde mi punto de vista, es hacer de las excavaciones forenses prácticas arqueológicas totales, que no se queden en la mera recuperación y restitución de los restos humanos, sino que profundicen en el conocimiento del pasado, favorezcan la preservación de sus huellas materiales y contribuyan a divulgar la historia de forma crítica y comprensiva. Esto no detrae en absoluto de la faceta humana y política de estas intervenciones —que resulta indispensable— sino que las potencia, al incorporarlas a una memoria colectiva que se amplía y se reproduce continuamente. Una aproximación de este tipo, basada en la producción y gestión del conocimiento histórico a partir de los restos materiales, se puede hacer extensible al legado material del franquismo.

Contra los monumentos, las ruinas

Es relativamente fácil retirar de una calle el cartel con el nombre de un prócer franquista o una estatua ecuestre. Se lleva haciendo desde hace varios años y aunque sigue provocando resquemor en las filas del franquismo sociológico, lo cierto es que estas iniciativas se han acabado por percibir como algo normal en la sociedad. Existen, sin embargo, otros elementos que resultan mucho más difíciles de gestionar: la

moment in the creation of a narrative about the traumatic events. Because of the political repression, for more than 60 years the process of social construction of the trauma could not follow its natural course—the opposite of what has happened with the terrorist attacks of September 11 in New York and of March 11 in Madrid (Sánchez-Carretero, 2006). Only during the past decade has the Francoist repression come to the foreground. Alexander (2004: 22-23) has shown that the cultural trauma implies a revision of the collective identities: it is a sociological process during which the damage inflicted on a collective is defined, the victims are identified, responsibilities are attributed, and the material and idealistic consequences are disbursed. It is clear that in Spain we find ourselves still submerged in this process of revision, but the norm is that it will come to its end and new identities that have incorporated the tragedies and the errors of the past in a reflexive fashion will arise. This is the moment of *calming down*, “tranquilizarse” (ibid.). The emotional discourses are disappearing and in their place arise the objectifying of the lessons of the trauma through the monuments, museums, and collections of historic artifacts (ibid.).

In Spain, the fundamental problem for the future is that, given how the exhumations are being realized, it is difficult that they can constitute an enduring collective memory. The excavation of graves originates through the ini-

tiative of family members, who request a specialized association to realize the archeological and forensic work. The investigators perform the intervention, identify the human remains to the degree possible, and return them to the relatives. Sometimes a report is published, in print or online. For now, the mere realization of the exhumations constitutes, in itself, an active practice of memory: a form of remembering and of doing so publicly. But the procedure involves two problems, which will only grow larger as the interventions become less frequent. In the first place, the history of the repression can find itself reduced to an infinity of intimate and unconnected histories, from which there will remain little testimony for the future. In the second place, the exhumations, although they are done following strict scientific protocols, are frequently not considered in themselves a means of investigation to know more about History, with a capital H—although there are exceptions (for example, Ríos et al., 2007). In this last case, this is a poor favor to the victims, for it means considering what happened to them is only a history instead of History, an event tied to crucial events in the transformation of Spanish and European society. On not being perceived as an inherently investigative task, it is also not thought that these actions should be inserted in a long term program of scientific divulgation (books, specialized articles, exhibitions, museums, and enhancement of historic sites). The exhumations are only a theatrical representation

Basílica de El Valle de los Caídos o el Arco de la Victoria en Madrid, por ejemplo. Algunos de los monumentos y edificios públicos construidos durante la Dictadura pueden y deben ser destruidos. Pero nuestro deseo de acabar con la glorificación del dictador no nos debería llevar a hacer tábula rasa del paisaje cultural que su régimen fomentó. En Alemania se optó en un primer momento por eliminar todas las huellas materiales del nazismo, pero posteriormente se comprobó que esto, dejaba a generaciones futuras desprovistas de pruebas materiales que demostraran la existencia del régimen político más abyecto que ha conocido la Historia (Koshar, 2000). A partir de los años 70 comenzó una intensa búsqueda de las trazas del nazismo, en la cual se involucraron amplios sectores de la sociedad. En vez de edificios, lo que se hallaron muchas veces fueron sus trazas, pero éstas se acabaron revelando como potentes focos de memoria (Bernbeck y Pollock, 2007), quizá más potentes por su carácter de ruina.

Aunque parezca una paradoja, necesitamos los monumentos de Franco para hacer democracia. En mi opinión, el debate no debería plantearse sólo como un dilema entre conservar o destruir. La cuestión debería ser también: ¿cómo conservar? Que necesitemos monumentos franquistas no quiere decir que los preservemos como los hemos heredado, por el mero hecho de que son historia (como defiende el franquismo sociológico). Lo que debemos conseguir es desfamiliarizarnos con el paisaje que nos legó el dictador y para ello debemos reinterpretarlo (González Ruibal, 2007: 216). En el fondo no es algo muy diferente de lo que supone la gestión convencional del patrimonio en otros ámbitos, excepto por su mayor carga política. Cuando visitamos el centro de interpretación de un parque nacional, un yacimiento romano o una fábrica del siglo XIX se nos ofrece una narrativa sobre lo que contemplamos. En dicha narrativa se hace hincapié en determinados aspectos y se contextualiza el sitio (la importancia biológica de unas marismas o el papel de una fábrica en la revolución industrial). A través de la presentación de los bienes culturales y naturales se puede contribuir a formar una ciudadanía más crítica— que sea más respetuosa con las minorías étnicas o con el medioambiente, por ejemplo. El Patrimonio tiene una parte lúdica, pero también supone un campo para la reflexión sobre valores democráticos y civiles y sobre nuestra identidad histórica.

Como decía, la reinterpretación del paisaje cultural del franquismo supone, ante todo, desnaturalizarlo. El distrito de Moncloa en Madrid constituye un buen ejemplo de lo que quiero decir. Pocos madrileños son

(Renshaw, 2007): they are very effective and moving in the moment in which they are performed, but how can we manage for them to leave a fertile residue of memory for the future? The answer, from my point of view, is to make of the forensic excavations total archeological practices, so that they don't remain in the mere recovery and restitution of the human remains, but rather deepen our knowledge of the past, favoring the preservation of its material remains and contributing to divulgate history in a comprehensive and critical fashion. This does not detract at all from the human and political facets of these interventions—which remain indispensable—but rather makes them stronger, on incorporating them into a collective memory which constantly grows and is reproduced. An approximation of this type, based in the production and management of historic knowledge based on the material remains, can be extended to the legacy of material from the Francoism.

Against the Monuments, the Ruins

It is relatively easy to remove from a street the placard with the name of a Francoist bigwig or an equestrian statue. This has been happening for some years now and although it continues to provoke resentments in the ranks of the sociologic Francoism, it's certain that these initiatives have come to be seen as something normal in the society. There exist, nonetheless, other elements

which are much harder to manage: the Basilica of the Valley of the Fallen or the Victory Arch in Madrid, for example. Some of the monuments and public buildings constructed during the dictatorship can and should be destroyed. But our desire to stamp out the glorification of the dictator should not lead us to make a tabula rasa of the cultural landscape that his regime fostered. In Germany, they chose at first to eliminate all the material traces of Naziism, but later they found that this left future generations without material proofs that demonstrated the existence of the most abject political regime that History has known (Koshar, 2000). Beginning in the 1970s there was an intense search for the vestiges of Nazism, in which broad sectors of the society became involved. Instead of buildings, what they found many times were their remains, but these wound up serving as potent spotlights of memory (Bernbeck y Pollock, 2007), perhaps more potent for their being ruins.

Although it seems paradoxical, we need the monuments of Franco to make democracy. In my opinion, the debate should not be contemplated only as a dilemma between conservation or destruction. The question should also be: how to preserve? That we need Francoist monuments does not mean to say that we preserve them as we inherited them for the mere fact that they are part of history (as the sociologic Francoism defends). What we should achieve is to defamiliarize ourselves with the

conscientes del escenario arquitectónico fascista que se despliega ante ellos a la entrada de la capital. Para quienes Moncloa es, básicamente, un lugar de tránsito (un no-lugar, como diría el antropólogo Marc Augé), la “memoria impuesta” del franquismo (Fernández Delgado et al., 1982) pasa desapercibida. Sin embargo, frente a lo que pudiéramos pensar, ello no le resta efectividad. Más bien al contrario: la gente acaba por percibir el descomunal edificio neo-herreriano del Ministerio del Aire como algo normal, al igual que la Junta de Moncloa (en realidad un panteón dedicado a los caídos “nacionales”) y el Arco de la Victoria. Y si la tramoya del franquismo resulta natural ¿por qué no el régimen mismo? La Dictadura acaba convirtiéndose, así, en un episodio lógico e inofensivo en la Historia de España.

Si se decide preservar todo o parte del escenario de celebración monumental del régimen, habrá que considerar de qué manera podemos construir un mensaje diferente que reinterprete la lógica política de los edificios. Una posibilidad, es colocar carteles explicativos que revelen la naturaleza histórica del entorno urbano y diseñar un itinerario que permita comprender, en su conjunto la arquitectura franquista de Moncloa. También sería necesario levantar contra-monumentos en dicho itinerario que desestabilicen el mensaje totalitario– y que celebren la lucha contra la Dictadura.

En mi opinión, una forma posible de desestructurar y reinterpretar la monumentalidad franquista, es contraponerle restos arqueológicos. Nicholas Saunders (2007: 33) ha señalado que “pocos objetos parecen tan humildes como los artefactos relacionados con la guerra, pero pocos tienen tanta fuerza para afectar a nuestras emociones”. En una línea semejante se expresa el fotógrafo Francesc Torres (2004): “Si nuestra clase política fuera capaz de leer la historia en una hebilla de cinturón, no quedaría una sola fosa común, civil o militar, por destapar”. Los objetos arqueológicos pueden parecer triviales, pero son tremendamente poderosos en la forma en que afectan a nuestra imaginación.

En el caso que nos ocupa, la introducción de la arqueología resultaría relativamente sencilla. La monumentalidad de Moncloa no es más que una parte de la historia reciente que se materializa a la entrada de Madrid– precisamente la que Francisco Franco quiso que quedara impresa en nuestra consciencia. Pero como suele suceder, debajo de la fantasía de poder se esconde el espectro de lo reprimido. Y este no es otro que el paisaje bélico de la Guerra Civil.

landscape which the dictator left us and for that we must reinterpret it (González Ruibal, 2007: 216). At its root this is not something very different from what the conventional management of heritage in other areas involves, except for its greater political charge. When we visit the information center of a national park, a Roman excavation, or a 19th century factory it offers us a narrative about what we are contemplating. In this narrative, certain aspects are highlighted and the site is contextualized (the biological importance of some salt marshes or the role of a factory in the industrial revolution). Through the presentation of natural and cultural works one can help to educate a citizenry that is more critical—which is more respectful of ethnic minorities or of the environment, for example. Heritage has an entertainment value, but it also provides a field for reflection on civil and democratic values and about our historic identity.

As I said, the reinterpretation of the cultural landscape of Francoism supposes, above all, to denaturalize it. The district of Moncloa in Madrid is a good example of what I am trying to say. Few Madrileños are aware of the fascist architectural backdrop that unfolds before them on entering the capital. For those for whom Moncloa is, basically, a place of transit (a non-place, as the anthropologist Marc Augé would say), the “imposed memory” of Francoism (Fernández Delgado et al., 1982) goes unnoticed. Nonetheless, contrary to what we might think, this doesn't

make it less effective. If anything, exactly the opposite: people wind up perceiving the monstrous neo-Herrerian building of the Ministry of the Air as something normal, just like the Board of Moncloa (in reality a pantheon dedicated to the fallen “nationals”) and the Victory Arch. And if the machinery of Francoism seems natural, why not the regime itself? The dictatorship winds up becoming, thereby, a logical and inoffensive episode in the History of Spain.

If it is decided to preserve all or part of the stage of monumental celebration of the regime, we need to consider the ways we can construct a different message which reinterprets the political logic of the buildings. One possibility is to place explicative placards which reveal the historic nature of the urban surroundings and to design an itinerary which allows for the comprehension in its totality of the Francoist architecture of Moncloa. It will also be necessary to erect counter-monuments along said itinerary which destabilize the totalitarian message—and which celebrate the fight against the dictatorship.

In my opinion, one possible way to de-structure and reinterpret the Francoist monumentality is to counterpoint it with archeological remains. Nicholas Saunders (2007: 33) has pointed out that “few objects seem so humble as the artifacts related to a war, but few have so much power to affect our emotions.” In a similar vein, the photographer Francesc Torres (2004) expresses: “If our political class

Al acabar la contienda, Moncloa y la Ciudad Universitaria estaban arrasadas por los fuertes combates que durante dos años y medio se libraron en la zona. Curiosamente, la primera opción que barajaron los militares franquistas fue musealizar los restos de la universidad para dejar un testimonio épico de la “Cruzada Nacional” (Chías, 1986: 163). Sin embargo, la propuesta fue rechazada por el dictador, quien optó, en cambio, por construir un relato de la guerra basado no en ruinas, sino en monumentos. Junto a las facultades perforadas de metralla se trazaron amplias avenidas, se levantaron edificios neoherrerianos y se erigieron monumentos triunfales. Se concibió todo ello como un itinerario didáctico para inscribir en las mentes y en los cuerpos, la idea del nuevo imperio nacional-católico (Chías, 1986: 195-202). La decisión fue acertada: las ruinas son mucho más ambiguas y sutiles que los arcos de triunfo. Ante los edificios agujereados por la metralla y las balas (la mayor parte de ellas del ejército sublevado) cabe preguntarse: ¿quién es el responsable de esto? ¿es justificable tanta destrucción? Es significativo que las únicas ruinas bélicas que se dejaron del conflicto fueran pueblos aislados, como Belchite.

La escenografía fascista no acabó con el testimonio material de la guerra: trincheras, agujeros de bala y búnkeres menudean en el paisaje. El problema es que parecen invisibles, tanto porque sus trazas son, con frecuencia, sutiles, como porque se nos ha enseñado a no verlos. Lo que habría que hacer, por tanto, es recuperar la presencia incómoda de los restos bélicos, de forma que se pueda abrir un espacio de reflexión crítica sobre la memoria del conflicto. En noviembre de 2008 un grupo de arqueólogos y estudiantes dirigidos por quien esto escribe, comenzamos a colaborar en la producción de este espacio de contra-memoria mediante la documentación de los vestigios arqueológicos de la guerra que se conservan en el campus universitario de Moncloa (González Ruibal et al., en prensa). Los objetos humildes que hemos

Abajo, Fotografía aérea de la escenografía franquista de Moncloa, al poco de su construcción. (Según Chías, 1986)



encontrado durante la prospección y excavación, revelan que bajo la fachada triunfal del franquismo se esconde una historia de miseria y violencia. Tenemos, pues, en los artefactos arqueológicos un contrapunto a la hueca retórica del paisaje franquista. Para que el nuevo mensaje tenga efecto, sin embargo, es necesario ir más allá de la mera intervención, si no esta propuesta corre el riesgo de tantas exhumaciones: acabar como un mero destello de memoria, que se vive como una epifanía en el momento de la representación, pero que acaba apagándose y cayendo en el olvido. Para ello es necesario poner en valor los restos bélicos, insertarlos en un itinerario que incluya la escenografía franquista y crear un espacio museográfico que acoja los elementos muebles.

Conclusión: una memoria arqueológica, una memoria crítica

En este artículo he tratado de demostrar que necesitamos una gestión arqueológica de los restos materiales de la Guerra Civil y el franquismo. Por “gestión arqueológica” entiendo una forma particular de acercarnos a la materialidad y a la memoria que es característica de la arqueología. A ninguna otra disciplina le tocan tan de cerca el estudio, la protección y divulgación de los elementos materiales del pasado. Es por lo tanto injustificable que se haya dejado de lado a los arqueólogos en el debate sobre la memoria material de la guerra y la dictadura. Por elementos materiales me refiero a todo lo tangible: los restos de los represaliados y sus efectos personales, trincheras y búnkeres, edificios y monumentos franquistas. Todo ello entra dentro del campo de acción de la arqueología del pasado contemporáneo (Buchli y Lucas, 2001).

Para una apropiada gestión de los testimonios materiales necesitamos, entre otras cosas “casas de la memoria”, museos, centros de interpretación e itinerarios, que contribuyan a mantener un recuerdo crítico y reflexivo sobre la Guerra y la Dictadura. La crítica implica demoler los mitos del franquismo, pero no significa caer en la hagiografía de los vencidos. En el ejemplo mencionado del paisaje bélico y franquista de Moncloa, no se puede olvidar el fantasma de la Cárcel Modelo: la referencia más siniestra de la represión dentro de las filas republicanas. Una memoria auténticamente democrática tiene que estar dispuesta a exponer todos los monstruos de nuestro pasado.

were able to read the history in a belt buckle, there would not remain a single mass grave, civil or military, to uncover.” The archeological objects can seem trivial, but they are tremendously powerful in the way in which they affect our imagination.

In the case which concerns us, the introduction of archeology would be relatively simple. The monumentality of Moncloa is nothing more than a part of the recent history that is materialized at the entrance to Madrid—precisely what Francisco Franco wanted to be impressed on our consciences. But as often happens, beneath the fantasy of power is hidden the specter of the repressed. And this is nothing other than the bellicose landscape of the Civil War.

On finishing the conflict, Moncloa and the University City were overwhelmed by the fierce battles which during two and a half years were wreaked upon the zone. Curiously, the first option that the Francoist military men considered was to make a museum of the remains of the university to leave an epic testimony of the “National Crusade” (Chías, 1986: 163). Nonetheless, the proposal was rejected by the dictator, who instead chose to construct a story of war based not on ruins, but in monuments. Wide avenues were put in along the Faculty buildings riddled with shrapnel, Neo-Herrerian buildings were constructed, and triumphal monuments erected. All this was conceived as a didactic itinerary to inscribe in the minds and in the bodies the

idea of the new national-Catholic empire (Chías, 1986: 195-202). The decision was spot-on: ruins are much more ambiguous and subtle than Triumphal Arches. Faced with buildings riddled with bullets and shrapnel (the greater part from the rebel army) the question can be put forth: who is responsible for this? Is so much destruction justifiable? It is significant that the only war ruins that the conflict left were isolated pueblos, like Belchite.

The fascist scenery did not end with the material testimony of the war: trenches, bullet holes, and bunkers repeat across the landscape. The problem is that they seem invisible, both because their outlines are, frequently, subtle, as well as because we have been trained to not see them. What must be done, therefore, is to recover the uncomfortable presence of the war remains, in such a way that it can open a space of critical reflection on the memory of the conflict. In November of 2008, a group of archeologists and students directed by your humble author of this article began to collaborate in the production of this space of counter-memory through the documentation of the archeological vestiges of the war that are preserved in the university campus of Moncloa (González Ruibal et al., pending publication). The humble objects that we found during the prospecting and excavation reveal that beneath the triumphal façade of Francoism is hidden a history of mystery and violence. We have, therefore, in the archeological artifacts, a coun-



Arriba, Balas del cal. 7,92 sin disparar de distintas procedencias y zapato de un soldado republicano. Hallazgos de las excavaciones de una trinchera en la Ciudad Universitaria de Madrid. (Según González Ruibal et al., en prensa)

Bibliografía

- ALEXANDER, J.C. (2004): Toward a theory of cultural trauma. En J.C. Alexander, R. Eyerman, B. Giesen y N.J. Smelser: *Cultural trauma and collective identity*, Berkeley: California University Press, pp. 1-30.
- BERNBECK, R. y POLLOCK, S. (2007): 'Grabe wo Du stehst!' An Archaeology of Perpetrators. En Y. Hamilakis and P. Duke (eds.): *Archaeology and Capitalism: From Ethics to Politics*, Walnut Creek, CA: Left Coast Press, pp. 217-234.
- BRAUN, M.S. (ed.) (2002): *Spuren des Terrors. Traces of Terror. Stätten national-sozialistischer Gewaltherrschaft in Berlin*. Berlin: Braun.
- BUCHLI, V. y LUCAS, G. (eds.) (2001): *Archaeologies of the contemporary past*, Londres: Routledge.
- FERNÁNDEZ DELGADO, J. PASAMONTES, M.M. y VEGA GONZÁLEZ, M.J. 1982. *La memoria impuesta: estudio y catálogo de los monumentos conmemorativos de Madrid: 1939-1980*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid.
- FERRÁNDIZ, F. (2006): The return of Civil War ghosts: the ethnography of exhumations in contemporary Spain, *Anthropology Today* 22(10): 7-12.
- FERRÁNDIZ, F. (2008): Cries and whispers: exhuming and narrating defeat in Spain today, *Journal of Spanish Cultural Studies* 9(2): 177-192.
- GASSIOT, E. (2008): Arqueología de un silencio. Arqueología forense de la Guerra Civil y del franquismo, *Complutum* 19 (2): 119-130.
- GASSIOT, E. y STEADMAN, D.W. (2008): The political, social and scientific contexts of archaeological investigations of mass graves in Spain, *Archaeologies* 4(3): 429-444.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007): Making things public: archaeologies of the Spanish Civil War, *Public Archaeology* 6 (4): 203-226.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (ed.) (2008): *Arqueología de la Guerra Civil Española*. Complutum 19(2), Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A., MARÍN, C., SÁNCHEZ-ELIPE, M. y LORENTE, S. (en prensa): Guerra en la universidad. Arqueología del conflicto en la Ciudad Universitaria de Madrid, *Ebre* 38 4.
- KLAUSMEIER, A. y SCHMIDT, L. (2004): *Wall remnants-wall traces*, Berlin: Westkreuz.
- KOSHAR, R. (2000): *From monuments to traces. Artifacts of German memory (1870-1990)*, Berkeley: University of California Press.
- RENSHAW, L. (2007): The iconography of exhumations: Representations of mass graves from the Spanish Civil War. En T. Clack and M. Brittain (eds.): *Archaeology and the media*, Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 237-251.
- RÍOS FRUTOS, L., MARTÍNEZ SILVA, B., GARCÍA-RUBIO, A. y JIMÉNEZ, J. (2008): Muertes en cautiverio en el primer Franquismo: Exhumación del cementerio penal de Valdenoceda (Burgos), *Complutum* 19(2): 139-160.
- SÁNCHEZ-CARRETERO, C. (2006): Trains of Workers, Trains of Death: Some Reflections after the March 11th Attacks in Madrid. En: *Spontaneous Shrines and the Public Memorialization of Death*, New York: Palgrave, pp. 333-347.
- SAUNDERS, N. (2007): *Killing time. Archaeology and the First World War*, Thrupp: Sutton.
- SILVA, E. y MACÍAS, S. (2003): *Las fosas de Franco: los republicanos que el dictador dejó en las cunetas*, Madrid: Temas de Hoy.
- TORRES, F. (2004): El protocolo. *El País* 29/12/2004.

terpoint to the empty rhetoric of the Francoist landscape. In order for the new message to have effect, nonetheless, it is necessary to go beyond that of a mere intervention, if not this proposal runs the risk of so many exhumations: to wind up as a mere twinkle of memory, which is lived as an epiphany in the moment of the representation, but which winds up snuffing itself and falling into oblivion. It is necessary to enhance the war remains, inserting them into an itinerary that includes the Francoist scenery and to create a museographic space which houses the physical elements.

Conclusion: an Archeological Memory, a Critical Memory

In this article I have tried to show that we need an archeological management of the material remains of the Civil War and the Franco regime. By "Archeological Management" I understand a particular form of approaching the materiality and the memory that is characteristic of Archeology. It falls to no other discipline as closely the study, protection, and divulgation of the material elements of the past. It is therefore unjustifiable that the archeologists have been left aside in the debate about the material memory of the war and the dictatorship. by material elements I refer to all that is tangible: the remains of the victims and their personal effects, trenches and bunkers, Francoist buildings and monuments. All this enters within the field of action of the

archeology of the contemporary past (Buchli y Lucas, 2001).

For an appropriate management of the material testimonies we need, among other things, "Houses of memory", museums, information centers, and itineraries, which contributed to maintain a critical and reflexive remembrance of the war and the dictatorship. The critical implies demolishing the myths of Francoism, but does not mean falling into the hagiography of the vanquished. In the example mentioned of the Francoist and war landscape of Moncloa, one cannot forget the ghost of the Model Jail: the darkest reference of the repression within the Republican ranks. A memory authentically democratic must be willing to expose all the monsters of our past.

Bibliography

- ALEXANDER, J.C. (2004): Toward a theory of cultural trauma. En J.C. Alexander, R. Eyerman, B. Giesen y N.J. Smelser: *Cultural trauma and collective identity*, Berkeley: California University Press, pp. 1-30.
- BERNBECK, R. y POLLOCK, S. (2007): 'Grabe wo Du stehst!' An Archaeology of Perpetrators. En Y. Hamilakis and P. Duke (eds.): *Archaeology and Capitalism: From Ethics to Politics*, Walnut Creek, CA: Left Coast Press, pp. 217-234.
- BRAUN, M.S. (ed.) (2002): *Spuren des Terrors. Traces of Terror. Stätten national-sozialistischer Gewaltherrschaft in Berlin*, Berlin: Braun.



BUCHLI, V. y LUCAS, G. (eds.) (2001): *Archaeologies of the contemporary past*, Londres: Routledge.

FERNÁNDEZ DELGADO, J. PASAMONTES, M.M. y VEGA GONZÁLEZ, M.J. 1982. *La memoria impuesta: estudio y catálogo de los monumentos conmemorativos de Madrid : 1939-1980*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

FERRÁNDIZ, F. (2006): The return of Civil War ghosts: the ethnography of exhumations in contemporary Spain, *Anthropology Today* 22(10): 7-12.

FERRÁNDIZ, F. (2008): Cries and whispers: exhuming and narrating defeat in Spain today, *Journal of Spanish Cultural Studies* 9(2): 177-192.

GASSIOT, E. (2008): Arqueología de un silencio. Arqueología forense de la Guerra Civil y del franquismo, *Complutum* 19(2): 119-130.

GASSIOT, E. y STEADMAN, D.W. (2008): The political, social and scientific contexts of archaeological investigations of mass graves in Spain, *Archaeologies* 4(3): 429-444.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007): Making things public: archaeologies of the Spanish Civil War, *Public Archaeology* 6(4): 203-226.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (ed.) (2008): Arqueología de la Guerra Civil Española. Complutum 19(2), Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

GONZÁLEZ RUIBAL, A., MARÍN, C., SÁNCHEZ-ELIPE, M. y LORENTE, S. (en prensa): Guerra en la universidad. Arqueología del conflicto en la Ciudad Universitaria de Madrid, *Ebre* 38 4.

KLAUSMEIER, A. y SCHMIDT, L. (2004): *Wall remnants-wall traces*, Berlin: Westkreuz.

KOSHAR, R. (2000): *From monuments to traces. Artifacts of German memory (1870-1990)*, Berkeley: University of California Press.

RENSHAW, L. (2007): The iconography of exhumations: Representations of mass graves from the Spanish Civil War. En T. Clack and M. Brittain (eds.): *Archaeology and the media*, Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 237-251.

RÍOS FRUTOS, L., MARTÍNEZ SILVA, B., GARCÍA-RUBIO, A. y JIMÉNEZ, J. (2008): Muertes en cautiverio en el primer Franquismo: Exhumación del cementerio penal de Valdenoceda (Burgos), *Complutum* 19(2): 139-160.

SÁNCHEZ-CARRETERO, C. (2006): Trains of Workers, Trains of Death: Some Reflections after the March 11th Attacks in Madrid. En: *Spontaneous Shrines and the Public Memorialization of Death*, New York: Palgrave, pp. 333-347.

SAUNDERS, N. (2007): *Killing time. Archaeology and the First World War*, Thrupp: Sutton.

SILVA, E. y MACÍAS, S. (2003): *Las fosas de Franco: los republicanos que el dictador dejó en las cunetas*, Madrid: Temas de Hoy.

TORRES, F. (2004): El protocolo. *El País* 29/12/2004.

Arriba, Ruinas de Belchite. Zaragoza.

En la actualidad, sin un plan de gestión adecuado, el futuro de estos restos es incierto y el mensaje que transmiten ambiguo.





En estas páginas, Ruinas de Belchite. Zaragoza. Fotografías: Antonio Rodríguez Fernández.



En estas páginas, Ruinas de Belchite. Zaragoza. Fotografías: Antonio Rodríguez Fernández.





